

# María Eugenia Valentié: los reflejos del alma

María Eugenia Valentié. The soul's reflections

Carmen Perilli\*

Cuando me avisaron que Genie Valentié había muerto no pude dejar de pensar en las palabras del poeta que más amó, Jorge Luis Borges, rebelándose ante la posibilidad de desaparición de un ser amado en “Abramowicz” de *Los conjurados*: “Cómo puede morir una mujer o un hombre o un niño que han sido tantas primaveras y tantas hojas, tantos libros y tantos pájaros y tantas mañanas y tantas noches” (Borges, 1989, p. 467). Es difícil resignarse a saber que sólo podremos contar con ella en la memoria, esa forma de la inmortalidad que ella supo ganar. Pocas personas logran lo que ella consiguió; como su amada Simone Weil lo hizo entre la gravedad y la gracia: pasar por la vida con gentileza y con estilo, llenar de afecto e iluminar con la razón y el sentimiento la vida de los otros. De ello formaban parte las charlas interminables y gozosas, la capacidad de pensar de a dos, las manos extendidas incondicionalmente y la certeza del otro siempre disponible. Y, sobre todo, la inteligencia exquisita, con esa gratuidad que debieran tener todas las acciones humanas. En un mundo urgido por las prisas, Genie abominaba de las tablas y medidas. Mientras disfrutaba de sus entrañables cigarrillos, me dijo un día en el que hablábamos de las presiones del mundo universitario “¿Por qué no puede uno entregarse al placer de pensar, a la belleza de la palabra solamente?”.

La biblioteca de Genie era el centro de su mundo. Los libros formaban parte de su vida, no como objetos quietos sino como espacios de verdad y belleza. Uno podía hablar horas sobre *Cien años de soledad* de García Márquez, *El nombre de la rosa* de Umberto Eco o sobre *Lo bello*

---

\* Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Argentina.  
<carmenperilli@gmail.com>

y lo siniestro de Yasunari Kawabata. Era un privilegio contar con su sabiduría y recorrer, de su mano, bibliotecas interminables. Se respiraba felicidad en su entrega a la literatura. Amaba todas las formas de la cultura y escrutaba con pasión el universo.

La búsqueda de una dimensión otra la llevaba a incursionar en las religiones con una mente abierta, más allá de la institucionalidad. Recorría una y otra vez los mitos, en busca de respuestas. Hay una vacilación del hombre entre el temor y el deseo del mismo tipo que describe Otto en relación a lo sagrado, el *Mysterium tremendum*. Prefería pensar lo religioso en un sentido amplio, como lo plantea el *Do Kamo* de Maurice Leenhardt, como un modo de religación. Sentía admiración por las culturas indígenas en las que la vida y la muerte eran una continuidad. Compartía con Adolfo Colombres la fascinación por la cultura popular y trabajó con la obra de Alberto Rougés. Creía con Gusdorf en un pensamiento que integrara la razón y el mito, amaba a Simone Weil y no vacilaba a la hora de revisar el pensamiento de Heidegger. Pero también recolectaba mitos y ritos del NOA y encontraba constantes con mitos universales. Admiraba a grandes estudiosos como Pierre Clastres, Hélène Clastres y León Cadogan, Laurette Sejourne y Miguel León Portilla. Sus traducciones del francés circulan como libros clásicos. Para ella el hombre vivía de las creencias, por ello se entregó con fervor a estudiar los mitos, esas narraciones con las que nos explicamos el mundo. Ese rayo de luz, ese lugar en medio del bosque donde se produce la iluminación. Leía a Teilhard de Chardin y era una conocedora de Martín Heidegger, Simone Weil y Gabriel Marcel. Para ella el arte nos permitía iluminar la verdad. Recordaba siempre “De repente el verano”, la justa escena en la cual el sol deslumbra la arena.

La primera vez que la hablé fue en uno de sus cursos sobre *Teoría del Mito*. Me habló largamente de su amistad con mi madre, y, desde entonces, comenzó a crecer entre nosotras un sentimiento inmenso que nos unió a lo largo de más de 40 años. Se convirtió en mi maestra y mi amiga. La maestra diferente a todas las que había conocido que daba valor a la voz y al pensamiento del otro, que respetaba las diferencias y sabía escucharnos y nos enseñaba a hacerlo. Sabía extender la mano al otro como nadie y su generosidad abría espacios para personas muy diversas. Bromeábamos al llamarla “la gurú”; lo fue para muchos de nosotros. No tenía miedo de arriesgarse en el encuentro con el otro ser humano. En los tiempos terribles de la dictadura ella abrió las puertas de la casa y convirtió su departamento en un espacio de libertad. Allí armó el grupo *Mythos y Logos* salvando la vida de muchos de nosotros al darnos la posibilidad de seguir dialogando. Su labor como traductora es notable.

En los escritos de Simone Weil se distinguen sus preocupaciones: la social y la religiosa. En el fondo una misma preocupación que se ejerce en dos planos. Aparentemente no habría entonces ninguna salida

para el problema de la acción. La única solución decía Weil era actuar contemplando “el bien puro e imposible, saber que es imposible y no amarlo menos” (Valentié, 1953, p. 610), y luego obrar. Y en cuanto al mal que inevitablemente acarrearía, rogar que caiga sobre la propia cabeza. En este sentido, una sociedad humana nunca puede ser buena. Está en el terreno de lo relativo, como la familia, las tradiciones, la cultura, etc., son *metaxu*, es decir, intermediarios. Su uso consiste en saber que son puentes y no quedarse a vivir en ellos. Genie valoraba esos puentes que podíamos construir con conceptos y palabras, ideas y sentimientos. En el prólogo de *Raíces del existir* (2002), exalta a la filósofa francesa en su fase de mayor resistencia, donde combate el totalitarismo con una ética implacable redefiniendo el concepto de *patria*, entendida como comunidad a partir de acciones ejemplares. Como ella no creía en las fronteras, amaba su comarca pero estaba abierta a conocer el mundo. Era una viajera incansable, amaba conocer otros lugares. Un frío noviembre viajamos a París y Atenas donde recorrimos las dos ciudades. Compartir el silencio de la Acrópolis y escuchar los pasos de Sócrates entre los olivos nos hizo olvidar los días nublados que nos tocaron.

En sus inicios trabajó en el diario *La Gaceta* y en la Universidad Nacional de Tucumán. Formó parte de una comunidad donde estaban, entre otros, Roger Labrousse, María Elena Vela, Julio Ardiles Gray, Selma Agüero, Tomás Eloy Martínez, Raúl Dorrnzoro y, por supuesto, su gran amigo Daniel Dessein a quien acompañó en la construcción del Suplemento Literario. Frecuentaban su casa Leda Valladares y se escribía con Victoria Ocampo y Alejandra Pizarnik. En la Facultad de Filosofía y Letras fue discípula de Manuel García Morente, Rodolfo Mondolfo, Lorenzo Luzuriaga, Roger Labrousse y Elisabeth Goguel entre otros. Trabajó con Adolfo Vázquez y cultivó un grupo de discípulos.

Genie fue una adelantada en los estudios de género e historia de las mujeres. Se declaraba feminista en una época en que no era común en la provincia. Consideraba, con Simone de Beauvoir, que el discurso natural basado en lo biológico y lo psicológico, se trataba de una trampa construida por la sociedad patriarcal, marcada por el predominio masculino y el sometimiento de la mujer. La mujer es el Otro en una relación en la que el Uno es siempre hombre. La característica masculina es la “mismidad”, mientras que la de la mujer “la otredad”. Beauvoir agrega “ella es el Otro en el corazón de una totalidad cuyos dos términos son necesarios el uno al otro” (Beauvoir, 1962, p. 11). Conocí en su biblioteca la obra de las feministas clásicas.

Uno de sus artículos más luminosos sobre este tema se publicó en la revista *Norte*. Consideraba que, si recorremos la historia de la humanidad nos encontramos con dos imágenes de la mujer, opuestas y complementarias que no son sino aspectos de un mismo discurso. Una concepción sublime en la que podemos ubicar a los representantes de una ética caballeresca, que idealiza a la mujer y la eleva como

inspiradora de todo lo grande que puede construir el hombre; para los trovadores, la mujer es un objeto altamente poético, la dama a quien se sirve sin exigirle nada que pueda destruir su inmaculada pureza; para los representantes de esa literatura mariana, que hace eclosión en el siglo XIII occidental, el ser humano más perfecto es la mujer y loan la pureza femenina y su abnegación —todas virtudes que conforman el arquetipo de La Madre—. Esta corriente se continúa hoy en el mito del eterno femenino. La otra voz es menos halagadora, pero mucho más potente. Viene desde el Antiguo Testamento donde la mujer es tasada a mitad de precio que el hombre, y este actúa como su amo y dios. En el *Génesis*, la pecadora Eva ha incitado al casto y obediente Adán a comer la manzana, convirtiéndose en la aliada del demonio y precipitando la caída del hombre y la expulsión del Paraíso. Culpa y sufrimiento deben ser asumidos por la perversidad femenina: ella es la tentadora, la que escucha la voz del demonio, la que prefiere el mal, la compañera concebida como un mero complemento del hombre que ha sido su perdición.

Genie estaba muy interesada en las brujas. Un violento antifeminismo atravesó muchos siglos de la cultura occidental, cobrando millones de víctimas. Las mujeres fueron perseguidas, torturadas y quemadas vivas, acusadas de brujería. En el tomo *Satán* de los *Etudes Carmelitaines*, Emile Brouette expresa: “Si se declara que se puede ser antifeminista sin necesariamente quemar brujas, hay que reconocer que teológicamente no hay más que un paso entre el desprecio por la mujer y la afirmación de que ésta es la intermediaria entre el hombre y el diablo”.

Estas imágenes contrapuestas son en realidad complementarias; ambas son las dos caras de un mito en el que la mujer siempre es objeto nunca sujeto que se enuncia a sí misma. La mujer aparece como la encarnación de las delicias y los peligros de la carne. Como leemos en *El segundo sexo*:

Su mito es tan ondulante y contradictorio que en principio no se descubre su unidad: ya sea Dalila o Judith, Aspacia o Lucrecia, Pandora o Atenea, la mujer es Eva y la Virgen María al mismo tiempo. Es un ídolo, una sirvienta, la fuente de la vida, una potencia de las tinieblas, es el silencio elemental de la verdad, es artífice, charlatana y mentirosa; es la que cura y la bruja; es la presa del hombre, es su pérdida, es todo lo que él no es y quiere tener, su negación y su razón de ser (Beauvoir, 1962, p. 191).

Dentro del mito femenino destaca fundamentalmente el mito de la Madre, que también es bifronte. Las historias sagradas más antiguas se refieren a una época pretérita de la humanidad en donde el matriarcado había sido una forma de organización social muy común. Esto no está demostrado. Si bien encontramos sociedades que podemos llamar de *cultura femenina*, en la mayor parte de los casos se trata de organizaciones matrilineales donde el lugar de la mujer varía muy poco, pues el poder real se encuentra en los hombres de la familia (tíos o hermanos).

Su libro *Mitos y ritos del Noroeste Argentino* (1997) reúne los escritos más importantes sobre el mito. Una de sus lecturas favoritas, además de Mircea Eliade, eran Joseph Campbell y Robert Graves. La fascinó *La Diosa Blanca* que sostiene la existencia de una Diosa Madre en todas las antiguas religiones. Entre los trabajos se destaca su texto sobre El Familiar. Este estudio ligado a su infancia le permite escudriñar los relatos que encierran los silencios de los pueblos de ingenio tucumanos.

Amaba la literatura, pero, sobre todo, leía a Jorge Luis Borges. Su diálogo con él nunca se interrumpía. Resuena en mí su voz leyendo las palabras del poema “Juan, 1, 14” y deteniéndose en sus versos: “Conocí la vigilia, el sueño, los sueños/ la ignorancia, la carne, /los torpes laberintos de la razón, / la amistad de los hombres, la misteriosa devoción de los perros” (Borges, 1974, p. 977). Le atraía ese Jesús hombre que sentía nostalgia del olor de la carpintería.

Leemos su trabajo sobre “Borges y sus laberintos” (2009). En “El hilo de la fábula” de *Los Conjurados*, su último libro, aparece una nueva versión del laberinto. Dice:

Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo, acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en un sueño, en las palabras que se llaman filosofía, en la mera y sencilla felicidad. Aquí estamos lejos de ese otro laberinto que marca un destino de hierro, sin centro ni salida. Quizás tengamos que optar por uno de esos dos laberintos, por el absurdo o por el sentido. Quizás también ocurra que en nuestras vidas pasemos por ambos. Borges nos habla de un hermoso deber. El de buscar el hilo que Ariadna dio a Teseo y que él, después de su triunfo, no supo retener. Y también dice dónde encontrarlo: en la filosofía, en la fe o, simplemente, en la felicidad (Borges, 1989, p. 481).

Se identificaba con la protagonista de la novela *Elizabeth Costello* de Coetzee (2003). Le fascinaba el irónico final cuando el personaje a las puertas del paraíso pregunta al celador acerca de sus posibilidades de pasar al otro lado: “El sonido que le devuelve “creencia” no es tan claro, pero sí lo bastante. Hoy, aquí y ahora, es evidente que no carece de creencias. De hecho, ahora que lo piensa, en cierto modo vive de sus creencias. Su mente, cuando es ella misma, parece pasar de una creencia a la siguiente, haciendo pausas, recuperando el equilibrio y siguiendo adelante” (Coetzee, 2003, p. 153).

Una vida llena de goce y de trabajo en la que la amistad era un culto preferencial y la cultura una materia viva. Profesora Titular de Metafísica, de Historia de las Religiones, llegó a recibir el título de Profesora Emérita de la UNT. Participó de la fundación de innumerables revistas, centros de investigación; dio cursos y conferencias y fue gestora cultural en la universidad, en el Centro Cultural Alberto Rougés; dirigió numerosas tesis de grado y posgrado, escuchó todo tipo de trabajos de investigación y creación, etc.

Nos enseñó a abrir el corazón a los otros, a hacer lugar a las palabras y los silencios y, sobre todo, a conservar la curiosidad sobre el mundo, a respetar y disfrutar sus misterios. Y valoró, sobre todo, la libertad.

Resulta imposible resumir su vida en unas líneas y, sobre todo, cifrar sus pasos en estas páginas. Borges se divierte con la idea de que un alma humana deja reflejos en otras. Uno mira y es mirado, sin estar seguro cuál de los dos espacios es la realidad. “La insaciable busca de un alma a través de los delicados reflejos que ésta ha dejado en otras: en el principio, el tenue rastro de una sonrisa o de una palabra; en el fin, esplendores diversos y crecientes de la razón, de la imaginación y del bien” (Borges, 1974, p. 416). Los reflejos del alma de Genie me seguirán para siempre.

---

## Referencias bibliográficas

- Borges, Jorge Luis (1974). *Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé.
- (1989). *Obras completas II*, Buenos Aires, Emecé.
- Beauvoir, Simone de (1962). *El segundo sexo*, 1. Los hechos y los mitos, Buenos Aires, Siglo XX.
- Coetzee, J. M. (2003). *Elizabeth Costello*, Trad. de Javier Calvo, Barcelona, Mondadori.
- Valentié, María Eugenia (1953). “Lo social y lo absoluto en el pensamiento de Simone Weil”, *Ideas y valores*, vol. 2, Núm. 7-8, (pp. 619-648).
- (coord.) (1997). *Mitos y ritos del Noroeste Argentino*, San Miguel de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- (2002). “Prólogo”, en: Simone Weill, *Raíces del existir. Preludio a una declaración de deberes hacia el ser humano*, 2da. ed., trad. María Eugenia Valentié, Buenos Aires, Sudamericana (pp. 7-15).
- (2009). “Borges y sus laberintos”, *La Gaceta literaria*, La Gaceta, 23/08/2009 (p. 3).